



- PLATA

LÍQUIDA -



HG

PLATA
LÍQUIDA

Los lobos aúllan. La lluvia cae y azota la tierra que, mojada, resbala. El viento agita los árboles de este maldito bosque y yo maldigo el momento en que decidí entrar en él. Vuelvo a escuchar los pasos acercarse y trato de correr más rápido. Correr por mí, por mi vida, por mi familia, por todos aquellos que alguna vez hicieron algo por mí, para que sus esfuerzos no hayan sido en vano. Las lágrimas recorren mis mejillas, mojándome más que la propia lluvia que baña todo en este momento. De repente, un rayo, una imagen, y, entonces, oscuridad absoluta. Estoy atrapada, no puedo moverme y, en ese preciso instante, aparece. Entonces, trato de recordar aquellos rezos que me enseñaron cuando era pequeña para implorar a un Dios en el que ya ni siquiera creo por sentirme abandonada desde hace demasiado tiempo. Rezo, lloro y pido volverse pequeña, muy pequeña, desaparecer si es posible, lo que sea que implique que esa persona a la que habría que llamar monstruo por su carencia de razón no me alcance. Ya es tarde. Todo parece insalvable. La esperanza es lo último que se pierde, decían. Si así es, yo me habré convertido en Pandora que, abriendo la caja, liberó todos los males, quedando por último la esperanza. Yo ya había liberado al mal. Ahora, solo quedaba esperanza.

Abro mis ojos. Me encuentro en una cama, algo incómoda. ¿Dónde estoy? Y lo más importante, ¿quién soy? Una sensación de confusión invade cada rincón de mi entumecido cuerpo y me aturde. Trato de levantarme de la cama, pero cuando intento alzar mi cuerpo, mis piernas tiemblan y caigo formando un terrible estrépito. Entonces, varias enfermeras entran y me ayudan a volver a la cama.

-Vaya, por fin has despertado – dice la que parece la más experta -. Ya era hora.

¿Por qué dice eso? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

-Oh, pobrecita, está aturdida. ¿Cómo te llamas? – me pregunta la misma mujer, con expresión bondadosa.

- No... No me acuerdo – balbuceo extrañada -. ¿Cuánto llevo aquí? ¿Qué ha pasado?

- ¿No recuerdas nada? Oh, qué desastre. ¿Qué hará ahora la policía? – lamenta la mujer.

- ¿La policía? ¿Qué tiene que ver la policía con mi memoria? – exclamo aterrorizada.

- ¿No recuerdas nada? ¿Nada de nada? – está sorprendida, me mira como si el mundo se hubiera acabado.

- Absolutamente nada. Ni mi nombre, ni quién soy, ni de dónde vengo, ni como he llegado aquí - les explico asustada.

- Oh, pobrecita. Verás, te trajeron aquí inconsciente, después de aparecer en mitad de la carretera que lleva al Gran Bosque completamente desnuda y con dibujos por todo el cuerpo. Si quieres, puedo mostrarte una foto – me explica mientras alarga la mano hacia su bolsillo para sacar el móvil -. Aquí está.

Era yo. Estaba tendida, allí en medio. Hacia el fondo se veía el bosque y varios policías. Parecía que estuviera dormida, pero en realidad me encontraba inconsciente. Había dos cosas que impactaban en la imagen: mi blanca y completa desnudez, además de mi

extremada delgadez, y los extraños dibujos que recorrían mi cuerpo. Espera. Un momento. El dibujo de mi mano... Miro mi mano. Sigo teniéndolo. Levanto las sábanas y miro mi piel, debajo del pijama, mientras la recorro con mi mano. Está entera pintada con surcos tatuados. Todos los dibujos de la foto siguen en mí, y son los únicos que pueden ayudarme a descubrir qué ha pasado. Y, por cierto, ¿qué daños tengo?

-Quizás estés un poco confusa ahora. Intentamos borrarlos al principio hasta ver que estaban tatuados. Están por todo tu cuerpo. La policía lleva meses tratando de descubrir de qué se trata, sin resultado – dice la enfermera.

- Espera, ¿has dicho meses? Pero ¿cuánto tiempo llevo aquí? – cada cosa que descubro me aterroriza más.

- Llevas aquí nueve meses, desde que te trajeron el día que te encontraron. Tenías además de todos esos tatuajes que parecían recientes varias contusiones en todo el cuerpo y dos costillas rotas. Además, tenías un fuerte golpe en la cabeza, por lo que te indujeron al coma – explicó la mujer echando mano a un informe que había en una mesilla al lado de la cama.

- ¿Y se sabe quién soy o cómo llegué a esa carretera? ¿Nadie ha denunciado mi desaparición? – pregunto extrañada.

- Nadie sabe quién eres o de dónde has salido. Te han sacado incluso en las noticias, pero nadie parece saber quién eres. No hay señales tuyas en ninguna parte no apareces en la seguridad social, ni estás registrada en ningún censo. Pareces haber surgido de la nada – declara ella, tratando de parecer lo más simpática posible para no dejarme demasiado consternada con sus palabras.

- Llame a la policía, por favor. Necesito saber algo más, qué está pasando conmigo – le pido suplicante.

- Lo haré. Mientras tanto, descanse. Han sido unos meses duros para usted – recomienda la mujer, mientras se marcha dejándome con varias enfermeras que me ayudan a recostarme y me cambian la vía y el suero.

Estoy recostada en la cama y una sensación de somnolencia invade mi cuerpo. “Deben ser los calmantes”, pienso yo, mientras mis párpados se cierran y mi anterior estado de consternación y confusión deja paso a un sueño profundo. Un sueño profundo, pero no tranquilo. Un sueño agitado, extraño cuánto menos. Estoy sola de nuevo. Todo está oscuro y hace frío. Por una razón desconocida tengo una sensación de peligro e inseguridad que me mantiene alerta. De pronto, una sombra, un movimiento. Un aullido de lobo, varios que le contestan. Y despierto. Vuelvo a despertar en aquella cama de hospital, aún ansiosa de respuestas. Necesito que me digan quién soy, qué me ha pasado, a qué vienen estos tatuajes que decoran mi piel, necesito saber cómo llegué hasta allí, necesito saber. Abro los ojos, y un rayo de luz me traspasa la pupila y me obliga a cerrarlos. Vuelvo a abrirlos, y veo a la enfermera de antes.

- Perdona, ¿cuánto llevo durmiendo? – le pregunto.

- Alrededor de dos horas y media. Y por dios, tú y yo vamos a pasar mucho tiempo juntas, así que es mejor que dejes de hablarme de usted. Puedes llamarme Luz. Es María Lucía, pero todo el mundo me llama Luz – me explica ella.

- Oh, de acuerdo. A mí puedes llamarme... Oh, cierto. ¿Cómo habéis estado llamando estos meses? – cuestiono.

- Mercurio. Te hemos estado llamando Mercurio – me mira esperando mi reacción.

- ¿Mercurio? ¿Cómo que Mercurio? ¿Cómo el elemento químico? – mi confusión aumenta por momentos.

- Sí, como el elemento. Tiene su explicación, mira – dice mientras me acerca un espejo de mesa.

Al acercármelo y ponérmelo delante, lo veo. Allí están, grandes, voluminosas y bien definidas, las dos letras, HG, que representan al Mercurio en la tabla periódica. Están en mi cuello, atrás, justo en la coronilla, y las veo gracias a otro espejo que Luz coloca delante de mí. Allí están, entre todos los tatuajes, destacando entre el resto por su sencillez y su gran tamaño, casi de cuatro dedos de altura. Bajo ellas hay marcada una huella de perro, como una quemadura. Pero espera. No es de perro, es de lobo. ¿Por qué lo sé? Ni idea. Solo sé que esa huella no la ha hecho un perro cualquiera, solo necesito asegurarme de que es de lobo. Tanteo con mi mano el trozo de piel, sintiendo en mis dedos el relieve de la marca.

- Luz, ¿qué es esa huella bajo las letras? – indago en busca de algunas respuestas.

- Los de la científica tienen fotos de todos tus tatuajes y los están estudiando en busca de algunas respuestas. Sobre esas dos letras y la marca, llegaron la conclusión de que hacía referencia al Mercurio y, respecto a la huella, han dicho que es muy parecida a una huella de perro, pero ¿sabes qué? En realidad, es de...

- De lobo – le termino la frase, sin dejarla terminar.

- Ciertamente. ¿Cómo lo has sabido? – pregunta intrigada.

- Intuición – respondo, enigmática.

En ese momento, una enfermera entra, llamando a Luz, y le dice que hay dos policías esperando para entrar.

- Sí, sí. Diles que pasen. Mercurio está esperándolos – le contesta ella, con esa sonrisa que ya he descubierto que es eterna en ella.

Sale y, a los pocos minutos, vuelve a entrar acompañado de una pareja de policías, un hombre y una mujer, que se colocan al lado de mi cama. Me miran expectantes y, entonces, se deciden a hablar.

-Hola, ¿qué tal te encuentras? Soy la inspectora Blanco. Soy la encargada de tu caso y este es mi compañero, el agente López. Nos ha dicho Luz que no recuerdas nada. ¿Es eso cierto? – me pregunta ella, deseando que se lo niegue, aunque sabe que es la verdad.

- Así es. No recuerdo absolutamente nada, y esperaba que ustedes me pudieran aclarar algo sobre mi aparición y sobre quién soy – les digo, tratando de poner mi mejor sonrisa.

- Oh, pobre. En ese caso, de nosotros conseguirás poco. Teníamos esperanza de que pudieras revelarnos algo, darnos alguna pista sobre la que pudiéramos apoyarnos para desarrollar la investigación – pone cara de decepción y se gira -. ¿No recuerdas absolutamente nada? – vuelve a preguntar.

-No... Oh, esperen. Hay algo... Recuerdo unos aullidos de lobo y una sensación de inseguridad. Es lo único que recuerdo – les revelo a ellos a la vez que a mí misma, sorprendida.

- ¿Aullidos de lobos dices? Qué raro. Que yo sepa, no hay lobos en el Gran Bosque – para un momento y piensa extrañada -. Bueno, habrá que buscar algo. Gracias por atendernos. Esperamos que te mejores. Si recuerdas algo más, mándanos llamar y vendremos a escucharte -se despidió la policía...

En ese momento, se dirigieron hacia la puerta, pero, mientras el hombre salía, la inspectora Blanco se paró unos instantes junto al marco de la puerta mientras que hablaba con Luz en voz muy baja y de una manera que se me antojó sospechosa. Entonces se percataron de que las observaba y se separaron rápidamente a la vez que la inspectora se marchaba.

Han pasado los días desde que desperté y yo sigo sin recordar nada. Estoy recuperada y he cogido bastante confianza con Luz, aunque hay veces que recuerdo cuando la vi hablando con Blanco y vuelvo a sospechar. Hoy quizás me dejen salir de este hospital infernal donde lo único que puedo hacer es dormir y pensar, y, casualmente, estoy empezando a odiar ambas. Cada vez que duermo tengo pesadillas sobre lobos, inseguridad y tormentas, y si me pongo a pensar es peor aún, pues me imagino cómo pude haber llegado a aquella carretera y cada teoría es aún más horrible que la anterior. Pero hoy será diferente. Hoy al fin saldré y visitaré aquel bosque en busca de respuestas. Ahí viene Luz. Parece contenta. Me saluda igual de eufórica que siempre y me revela que hoy sí me dejaran salir, aunque deberé volver antes de las diez para revisiones y chequeos por lo del golpe de mi cabeza. Ahora, me acerca algo de ropa que ha buscado para mí. Me cambio rápidamente y salgo del baño. Dice que me queda bien. Yo pienso que el rojo de esta sudadera acentúa demasiado mi delgadez. Quizás debería comer más. Me deja algo de dinero también. Aunque a veces resulte sospechosa, esta mujer siempre es un sol, quizás por eso su nombre. Bajo las escaleras del hospital como un rayo y, al llegar a la puerta, pido un taxi. Monto en él y le pido que me lleve al Gran Bosque. De repente, a través del espejo retrovisor, veo su cara. Y recuerdo. Recuerdo lo que es el miedo. Recuerdo aquella noche. La lluvia y el barro. Mis gritos, su persecución. Recuerdo el rayo y mis rezos. Y a aquel dios que me abandonó ese día definitivamente. Entonces, cuando ve que lo he reconocido una sonrisa se dibuja en su cara, y puedo decir que el mismo Lucifer venido de los abismos me está sonriendo desde el asiento del conductor de este taxi inmundo. En ese instante, cuando lo que yo más deseo es frenar y salir de ese taxi pitando, él acelera, rumbo a aquel bosque maldito que me había maldecido a mí también. Y sigue acelerando, igual que las lágrimas que acaban de empezar a salir de mis ojos, que brotan aceleradas. Y de repente, frena. Estamos justo

en la linde del bosque, pero él frena. Sus colmillos relucientes se aprietan contra sus labios hasta producirle sangre y sus ojos amarillentos brillan de pura ira. De pronto, baja del coche, y yo bajo también, impulsada por una intuición. Y justo allí se encontraba ella. O, mejor dicho, ellas. Creo que a Luz nunca le había pegado más su nombre, pues brillaba como la misma Luna en las noches en las que luce llena y, junto a ella, Blanco también hacía honor a su nombre, pues irradiaba un halo blanquecino bastante atrayente. La bestia se acercó a ellas y comenzó a transformarse, disponiéndose para atacarlas, mientras ellas solo se proponían a defenderse y defenderme. Entonces, comenzaron a luchar. Ambas mujeres se defendían bien, pero aquel monstruo parecía sacar fuerzas del mismo aire, pues era invencible. Acabaron por los suelos, derrotadas y llorosas. En ese momento, me gritan algo que no logro comprender. Y los tatuajes de mi cuerpo comienzan a iluminarse lentamente. En mi mano se ilumina una pistola, de la que sale una bala que atraviesa mi cuerpo, hasta llegar a mi cuello, donde se encuentran el símbolo para el Mercurio. Y entonces comprendo. Y alargo mi otra mano y tomo la pistola, que sale fácilmente de mi piel. Y también saco la bala y la acercó al Mercurio, volviéndola de un color parecido a la plata. Y, rápidamente, cargó la pistola con la bala bañada al Mercurio y disparo a aquella bestia a la que algunos llaman hombre-lobo, que se aproxima más al lobo feroz que al defensor. Y disparo y acierto. Y cae. Y la tranquilidad me invade. Corro hacia mis ángeles de la guardia, dos mujeres de las que tanto había dudado sin fundamento ninguno. Las llamó y trato de reanimarlas, hasta que poco a poco vuelven en sí. Necesito explicaciones. Y me las dan. Me llamo Sonia Estrada, tengo veinte años y soy de Madrid. Sufro bulimia nerviosa y estaba hospitalizada en un hospital en Londres, donde antes trabajaba Luz. Resulta que, al llegar aquí, me escapé de casa harta de hospitales antes de conocer a nadie, y sin querer entre en una antigua cueva en el bosque, dónde vivía la bestia. La desperté de su hibernación en la que llevaba cerca de dos siglos y entonces salí corriendo tratando de escapar, cuando cayó un rayo que me tiró un árbol y este me paralizó. Entonces, me desmayé y la bestia llegó, con intención de atacarme. Pero, en ese momento, Luz y Blanco aparecieron, pues son Guardianas, seguidoras del legado de una familia de cazadores milenaria. No podían entrar en territorio del hombre-lobo, pero si podían tratar de salvarme mandando señales para protegerme. En ese momento, decidieron tatuarme el cuerpo entero para ocultar en él los mensajes que me salvarían algún día, liberándome así de las garras del monstruo en aquel momento y dejándome en la linde junto a la carretera. Desafortunadamente, para que los tatuajes pudieran cumplir su función, debía fingir que no me conocía y para ello también borrarle la memoria a mí, pues debía descubrirlo por mí sola, para que funcionarán. El día que el lobo vino por mí, ellas no lo esperaban, pues lo creían aún oculto en su bosque, pero, en el momento en que lo reconocí, las marcas comenzaron a funcionar, y lo primero que hicieron fue enviarles a ellas una señal. Resulta que el Mercurio en la antigüedad era llamado plata líquida y es mucho más eficaz contra hombres-lobos. ¿Y sabe cómo me encontraron ellas el día que me escapé? Resulta que ellas, las dos, son mis padres o, mejor dicho, mis madres. Nos mudamos aquí en busca de una solución a mi enfermedad, y así fue como conseguí encontrar algo que me diera más miedo que lo que la gente pensara sobre mi cuerpo, y decidí volver a comer como una persona normal. ¿No le parece una terapia fantástica doctor?

- Sí Sonia, de lo más eficaz. ¿Cómo decías que se llamaba tu anterior psicólogo?

Este hombre piensa que estoy loca. Lo que no sabe es que tengo a dos madres estupendas que, además de cuidarme, saben luchar mejor que cualquier hombre.